

**MIRADAS URBANAS SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO: *EL FLÂNEUR,*
*LA DERIVA Y LA ETNOGRAFÍA DE LO URBANO***

**URBAN VIEWS ON PUBLIC SPACE: *THE FLÂNEUR, THE DÉRIVE*
*AND URBAN ETHNOGRAPHY***

Luis Armando Durán Segura*
luarduse@yahoo.es

Atravesar un territorio, abrir un sendero, reconocer un lugar, comprender valores simbólicos, inventar una geografía, recorrer un mapa, percibir sonidos, guiarse por los olores, acceder a un continente, encontrar un archipiélago, albergar una aventura, medir una descarga, captar otros lugares, construir relaciones, saltar un muro, indagar un recinto, dejarse llevar por un instinto, abandonar un andén, no dejar huellas.

Francesco Careri.

Fecha de recepción: 26 noviembre 2010 - Fecha de aceptación: 21 febrero 2011

Resumen

Este artículo se pregunta sobre las contribuciones que tienen la flânerie, la deriva y la etnografía de lo urbano como prácticas metodológicas para el conocimiento y la comprensión de los espacios públicos. Estas "miradas urbanas" constituyen significativas herramientas de investigación por tratarse de prácticas espaciales que plantean una mirada crítica a la ciudad moderna, y a la vez, conceden un carácter integral que invita al investigador a ser parte del espacio público, practicarlo, vivirlo y recorrerlo.

Palabras Clave: Ciudad, Espacio Público, Etnografía, Flâneur, Deriva, Metodología.

Abstract

This article examines the contributions of the flânerie, the dérive and the urban ethnography as methodological practices for knowledge and understanding of public spaces. These "urban views" are significant research tools because they are spatial practices that pose a critical look at the modern city, established an integral character that invites the researcher to be part of the public space.

Key words: City, Public Space, Ethnography, Flâneur, Dérive, Methodology.

* Especialista en Gestión de Proyectos Culturales en Medio Urbano de la Universidad para la Cooperación Internacional

El gusto entra por la vista: *presentación y advertencias*

Este escrito expone algunas de las múltiples posibilidades metodológicas del empleo de las miradas del *flâneur*, *la deriva* y *la etnografía urbana* como recursos heurísticos para la comprensión de la ciudad y especialmente la vida urbana de los espacios públicos. Se exploran brevemente en este trabajo cómo las ideas de Walter Benjamín (Berlín, 1892 – Portbou, 1940) sobre el *flâneur*, la propuesta de Guy Debord (Paris, 1931 – Paris, 1994) sobre *la deriva*, y la etnografía de *lo urbano* desarrollada por Manuel Delgado (Barcelona, 1956), enriquecen la experiencia del trabajo de campo en las ciudades.

La revaloración de estas *miradas urbanas* es bastante acertada en la investigación empírica de la ciudad y de sus practicantes, ya que estas figuras metodológicas privilegian mediante sus sentidos la contemplación de lo ordinario, describiendo profundamente la vida urbana mediante su deambular en las calles. Consecuentemente, se parte de la comprensión de nuestras urbes a partir lo cotidiano, lo sutil, lo minúsculo y aquellas “otras” esas referencias empíricas que no serían dignas de presentarse en ningún libro de “historia oficial”. Por lo tanto, se trata de aprovechar creativamente la riqueza del dato urbano extraído de la vida sociocultural de los espacios públicos.

Se pretende provocar la reflexión desde una manera alternativa de registrar la ciudad, en momentos donde la teoría social, cultural y urbana predominantemente se enfoca en las estructuras sólidas, estables y pesadas. Pese a esto, se persigue otra tradición más silenciosa, subrepticia y esquiva -inaugurada por los abordajes de Gabriel Tarde- que busca lo efímero, lo inestable, la sociedad en constante cambio.

Esta reflexión nace de las promesas metodológicas de los Estudios Culturales; precisamente se pretende hacer uso de metodologías y técnicas de investigación nacidas en diferentes disciplinas, para ensamblarlas creativa y flexiblemente con otras, en lo que bien puede denominarse un “eclecticismo estratégico” o “pluralismo metodológico” (Restrepo 2009 y 2010). Este acople no es simplemente la presencia de varias metodologías

o instrumentos, sino una combinación crítica, con el fin de esclarecer algunos tópicos sombríos del conocimiento urbano examinando desde la densidad de lo concreto.

El itinerario del presente texto comienza con la exposición de los conceptos de ciudad, lo urbano y el espacio público; luego reflexiona sobre las especificidades de las miradas urbanas en cuestión; y concluye en la presentación de una síntesis que recoge aportes y que pretende incitar la búsqueda de nuevas rutas de investigación.

En un abrir y cerrar de ojos: *la ciudad, lo urbano y el espacio público*

La ciudad, decía Robert Ezra Park (1999), es algo más que una conglomeración de individuos, servicios colectivos y que el simple agrupamiento de aparatos administrativos. Es sobre todo una forma de “cultura” -concepto bastante “antropologizado” por aquel entonces- compuesta por un conjunto de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a las costumbres, que se transmiten mediante la tradición. En otras palabras, la ciudad implica la totalidad de procesos vitales que la conforman como producto de la naturaleza humana.

Así, se podría avistar una primera distinción, aquella que establecemos entre la ciudad y lo urbano y que nos servirá para aclarar prematuramente algunas cuestiones sobre las características de la ciudad coetánea. Esta distinción fue desarrollada profusamente por el francés Henri Lefebvre a finales de la década de los sesentas, para explicar los cambios suscitados por los procesos de industrialización. Este marxista revisionista -como se hacía llamar- manifiesta que *la ciudad* es un objeto que ocupa un lugar y una situación (un espacio-tiempo), una obra que no está únicamente organizada e instituida, sino que también está modelada, configurada por grupos de acuerdo con sus exigencias e ideologías. Por otro lado, *lo urbano* no se trata de una esencia, ni de una sustancia, es más bien una forma y un proceso inestable, la del encuentro y de la reunión de todos los elementos que constituyen la vida social y cultural de la ciudad (Lefebvre, 1976).

Sobre esta corriente, se puede profundizar aun más esta distinción. La ciudad aparecería como una composición espacial/morfológica definida, que posee una alta densidad poblacional, en este sentido se opone al campo y a lo rural, espacios en que tales criterios no se encuentran. Por otra parte, lo urbano es un estilo de vida patente en la proliferación de urdimbres relacionales, deslocalizadas y fugaces. Su propia inestabilidad se convierte contradictoriamente en un instrumento de estructuración, lo que determina a su vez un conjunto de usos, apropiaciones y representaciones singulares de un espacio nunca territorializado completamente.

La diferencia entre ambas esferas, evidente desde este punto de vista, no oculta el ímpetu y la multiplicidad de las relaciones y tensiones entre ambos conceptos. Ahora bien, la *etnografía urbana*, la *deriva* y la *flanerie* se basan primordialmente en la exploración de *lo urbano*, eso que actualmente se articula en *sociedades movedizas*.

Todo esto encuentra su sitio (desbordado frecuentemente) en calles, plazas, museos, estaciones, transportes públicos, centros comerciales, estadio; allí donde todo está aún por ver y problematizarse. Por lo tanto, la posibilidad heurística de comprender la ciudad basada esencialmente en la presencia del investigador y la observación profunda, se exhibe como casi todo lo que tenemos para enfrentarnos al orden de lo público.

De manera tal que *lo urbano*, en buena parte, se recrea y desenvuelve en estos espacios. Para establecer un marco general, los espacios públicos urbanos -partiendo de una definición básica y operativa- son lugares donde históricamente se evidencian en tres ámbitos interrelacionados: 1) La *visibilidad* concerniente a los conflictos y negociaciones en el encuentro con la diferencia y la alteridad. 2) La *accesibilidad* como la apertura de lo público haciéndose posible a todas y todos. 3) La *colectividad* que conforma la reunión de individuos que están juntos asumiendo su copresencia y coproducción.

Así, el espacio público expone, formula y construye de cierta manera *lo urbano*, contribuyendo a que esas estructuras líquidas establezcan situaciones, ritmos, confluencias y fluctuaciones trascendentales en la cotidianidad moderna.

No hay peor ciego que el que no quiere ver: especificidades de las miradas urbanas

En este momento, es preciso realizar el repaso por las *especificidades* -que no constituyen características absolutas- de estas tres miradas urbanas, en donde la problematización central es la esfera de *lo urbano*.

La etnografía de lo urbano

El desarrollo de la etnografía urbana brevemente esquematizada y en una de sus genealogías más consideras, tiene sus primeras reflexiones en los trabajos del filósofo alemán Georg Simmel a finales de Siglo XIX. Simmel (1986) concibió *lo urbano* primordialmente en el orden de la interacción social de la acrecentada vida nerviosa, inaugurando de este modo, la curiosidad por lo momentáneo, por lo inconsistente, por la velocidad, por lo efímero y lo ligero como elementos específicos de la sociedad urbana.

Posteriormente, la Escuela de Chicago en autores como Ernest Burgess, Robert Erza Park y Louis Wirth en las décadas de 1920 y 1930 estudiaron la ciudad mediante aproximaciones cualitativas y comparativas basadas en la *Ecología Humana*. Para dar cuenta de lo que ocurría en la ciudad, su laboratorio social, esta escuela tenía como premisa metodológica la realización de entrevistas informales y la observación de fenómenos sociales en su *nicho* o *ambiente natural*.

Lo que Simmel formuló como un estado de “agitación perpetua” y “crisis crónica”, es recogido por Park, así se perpetúa un interés por la inestabilidad y la exalta como esencia de lo urbano. Del mismo modo, Park examina la cuestión de la superficialidad del vínculo urbano, ahora de forma precaria pero predominante de enlace social de los espacios públicos.

Esta línea de pensamiento desemboca actualmente en las propuestas naturalistas de Manuel Delgado (1999, 2003, 2007), quien ha insistido en el hecho de que una antropología de lo situacional, lo concreto y lo inestable mantiene el esquema básico de la investigación antropológica “clásica” (Delgado 2003). Rescatando a antropólogos de la Escuela Británica como

Radcliffe-Brown y Bronislaw Malinowski por ejemplo, el autor dice que tal objeto de estudio es, en efecto, la vida social, entendida ésta no como una entidad sino como un proceso, como un inmenso tejido de acciones e interacciones de seres humanos.

Por lo tanto, el objeto de la aproximación a la ciudad y no en la ciudad como simple escenario, sería la sociedad urbana haciéndose a sí misma, sobre el camino. Promulgando un retorno al estudio de éstos pequeños acontecimientos rutinarios, ese flujo cultural, esos detalles que componen, amarran y le dan sentido a nuestras urbes.

La exaltación de lo trivial -si se quiere llamar de esta forma- requiere una postura *naturalista*. La realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos utilizados; por lo tanto y desde las premisas de Blummer (1981) su comprensión demanda el examen directo de ese mundo. Así el *naturalismo* no pretendería mucho más que dar cuenta de estos imponderables con la mayor riqueza posible, promoviendo que el investigador experimente esta realidad flexible.

El intento de descripción naturalista no se presenta justificado por ningún propósito que no sea el reflejo fisiológico de los hechos y sus actores (como en la *flâneire* y la *deriva*), incluso de las más irrelevantes imágenes, discursos, situaciones y prácticas. Se procura así, comprender los “datos infuncionales, detalles inútiles, desperdicios de lo social en los que el buen observador sabría descubrir una luminosidad especial. Los pequeños gestos, los ademanes apenas perceptibles, las palabras filtradas por entre las rendijas de lo explícito, lo insinuado, lo que tiene o ha tenido lugar” (Delgado 2003).

Es aquí donde metodológicamente la “observación etnográfica” resulta más útil. Los espacios públicos y ciudades contemporáneas son territorios de flujo, por eso existe una necesidad de crear nuevas herramientas igualmente dúctiles para captar ese vaivén de información transcendental. La observación flotante, consiste precisamente en mantenerse “vacilante y disponible, sin fijar la atención en un objeto preciso sino dejándola “flotar” para que las informaciones penetren sin filtro, sin aprioris, hasta que hagan su aparición puntos de referencia” (Delgado, 1999: 50).

En suma, queda esta reflexión para establecer las bases de una etnografía de los espacios públicos como esferas urbanas que requieren una revisión profunda de la tradición metodológica de la Antropología Social, que parece ser adecuada para explorar los *mundos contemporáneos* atestados de *sentido social*, éstos mundos de los que hablaban Marc Augé, Paul Rabinow y Gerard Althabe. Así, desde una breve lectura que inicia en Tarde, pasa por Simmel y desemboca en Delgado, se reconoce la necesidad de restaurar la predisposición naturalista en el trabajo de campo etnográfico gratificando sus instrumentos de registro y descripción *in situ*. De manera que se trate la ciudad no como una esencia, sino como un proceso en la cual se desarrolla la cotidianidad, las agencias, expresiones, acciones y performatividades, además de la reproducción económica y cultural.

La flâneire

A esta altura, hay que retomar la segunda mirada propuesta en este ensayo. Esta es la figura formulada por Walter Benjamín (1972, 1997): *el flâneur*, que se basa en la poesía en prosa de Charles Baudelaire (1996 y 1998) y los relatos cortos de Edgar Allan Poe (1969). El *flâneur* con su *infancia eterna* vigoriza el espíritu de la curiosidad, lo que lo hace un agudo observador de las manifestaciones de lo urbano. Privilegiando mediante sus sentidos, la contemplación de lo ordinario de la ciudad y sus practicantes comunes.

Se rescata de esta figura, cómo por medio de un ambulante por las calles se puede describir profundamente la vida urbana. Ella o él transitan en medio de la multitud impulsados por su merodeo intelectual; deliberadamente toman la decisión de conocer, escogiendo los caminos para aprehender como una “máquina fotográfica”, los pequeños detalles de la vida cotidiana. Este recurso, podría utilizarse como lo proponen Renato Ortiz (2000) y Walter Imilan (2006), el *flâneur* como actitud del etnógrafo; es decir, evocando su función principal: mirar y describir *lo urbano*. Asimismo, el arte de la *flânerie* revela lo que se escondía en las situaciones aparentemente

simples, deviniendo en un conocimiento antropológico de la ciudad.

En la actitud del *flâneur*, en discrepancia con la del etnógrafo clásico, lo que importa es la movilidad en el espacio y no el anclaje al terreno; interesa así, el flujo y circulación de los datos y su transformación en reflexión. De esta manera, el espacio público aparece como un mundo por descubrir, que incita a realizar una profunda “botánica del asfalto” (Benjamín 1972), fisiológicas de todo tipo que pretenden maravillarse de lo cotidiano y encontrar lo inesperado de la ciudad. Dice Benjamín sobre su función: “*reconstruir topográficamente la ciudad, diez, cien veces, a través de los pasajes y de las puertas (...) los rostros más secretos de la ciudad se sitúan en su parte más recóndita* (1972:130).

El extrañamiento antropológico en la *flânerie* no sólo se produce por el viaje en la ciudad, sino por el arte de habitar lo indeterminado (Benjamin, 1997), debe extrañarse sin salir de su lugar, por eso para él/ella la ciudad es “morada y paisaje” (Imilan, 2006). Para entender su propia urbe, necesita de un alejamiento de lo normalmente conocido, desligándose del sentido común; precisamente el *flâneur* anuncia a la figura del científico de lo urbano.

Se podría decir por lo tanto, que la *flânerie* es propicia para la exploración urbana, en el caso de los espacios públicos modernos, donde la circulación y la oscilación son una constante. Desde esta circulación permanente, ese ir y venir, es posible comenzar a reconocer tramos conexos y la forma de los recorridos de los individuos y/o grupos que transitan el lugar. Hay que recordar que una mirada consecuente con la del *flâneur*, expresaría una crítica a la vida y estética urbana del capitalismo moderno, así como Marx lo había realizado desde la filosofía y la economía (Berman, 1991).

Desde esta acuciosa mirada del *flâneur* se es concurrente de lo cotidiano, se converge en conocimiento “visual” del desarrollo urbano. Al emplear esta mirada, se practica la ciudad, maniobrar con movilizaciones por carreteras y esquinas, como los lugares más frecuentes de su desplazamiento. Mirar, ver, observar, contemplar lo que otros no ven por ser demasiado común, y lo que no necesariamente ellos mismos ven cada

día. Una suerte de investigador perdido entre la multitud, que adquiere una reflexión profunda, antes que un simple voyerismo del que sólo mira sin profundizar la imagen que percibe o los mensajes de los “otros”.

La deriva

La ciudad se presenta hoy más que nunca como un gran laberinto, espacio lleno de sorpresas y escondites, que invita a recorrer y observar incesantemente lo común de la calle. Sin embargo, las mismas ciudades dirigen nuestros pasos, nos controlan y encauzan, al estilo foucaultiano de una *disciplina urbana*. Se es prisionero de un orden (pre)escrito, que sentencia a ver/conocer solamente algunas fracciones -y de estas las más normalizadas- de las urbes y sus gentes. Aparece así la noción de *la deriva* como una herramienta central para lograr un análisis profundo e integral de la ciudad “oculta” y la ciudad “no oficial”.

La deriva como concepto científico es una propuesta primordialmente del situacionismo francés. La palabra *dérive* significa tomar una caminata usualmente en una ciudad, recorrido que sigue la llamada del momento, sin objetivo específico; empero, no es que lo carezca, sino que prefiere transitar a la expectativa de ir encontrando objetivos nuevos a su paso. Su principal expositor, el filósofo Guy Debord (1999a y 1999b), pretendió establecer una reflexión relativa a las formas de ver y experimentar la vida urbana dentro de un ofrecimiento más extenso como el de la *Psicogeografía*.

Podríamos avanzar diciendo que el/la investigador(a) en lugar de ser cautivo de una rutina diaria o de una ordenanza establecida, se plantea seguir las emociones y mirar a las situaciones urbanas de una forma nueva y radical. Es decir, el investigador realiza un recorrido *no-disciplinado*, que le permitiría acceder a otro tipo de experiencias *no-normadas*. Como lo plantea Guy Debord:

“Entre los diversos procedimientos situacionistas, la deriva se presenta como una técnica de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos. El concepto de deriva está ligado indisolublemente al reconocimiento de efectos de naturaleza psicogeográfica, y a la afirmación de un comportamiento lúdico-constructivo, lo que la opone en todos

los aspectos a las nociones clásicas de viaje y de paseo" (Debord, 1991b: 1).

Entre los procedimientos situacionistas, esta "teoría de la deriva" es una técnica que premia un paso perpetuo a través de distintos y desiguales lugares, sería lo que Michel de Certeau (2007) llama *artes de hacer*, prácticas que adquieren un carácter *antidisciplinario*. Su empleo consiste en el desplazamiento de una o varias personas, durante un tiempo más o menos largo, dejándose llevar por las solitaciones del lugar y por los encuentros que en él le acontecían. Así, el azar tomaría parte importante en esta actuación, pero sería menos determinante de lo que parece, pues desde el punto de vista de la deriva, existe en las ciudades un "relieve psicogeográfico", con recorridos constantes y puntos fijos.

Se trata por lo tanto del rastreo de las diferentes unidades "ambientales" en la ciudad y del deambular metódico en búsqueda de focos de irradiación de emociones para su localización y descripción. De la misma forma, el principio de desorientación incita el encuentro de caminos desconocidos, donde el investigador se hallará en permanente "extravío", como un extraño (re) descubriendo y (re)conociendo su propia ciudad, sin prisas de tiempo o espacio, dibujando las cartografías de su vida y de los "otros".

Este modo de comportamiento experimental ligado a las condiciones de la sociedad urbana procuró la creación de "geografías alternativas", el trazo de figuras que visibilizarán las emociones motivadas en los distintos tejidos urbanos. Justamente, al conformar un mapa desde el situacionismo se estaría distante de las fronteras y murallas administrativas de las ciudades que homogenizan el espacio público, esto sería posible al realizar una narración emocional del espacio. De este modo, un mapa estaría compuesto por fragmentos de ciudades que se relacionan de forma aleatoria, no por su funcionalidad sino por su carácter *emocional*.

Retomar la *deriva* es pensar en el plano *emocional*, ya que éste no se detiene y nunca se termina de solidificar. *Lo emocional* desborda y emerge su molde físico-morfológico e ideológico de la ciudad de control panóptico, lo rebasa y fluye, se disemina y pulula. Esta forma de ver/

recorrer la ciudad posibilita realizar una "cartografía influyente" e intentar recuperar el carácter lúdico constructivo de la ciudad, haciendo énfasis en las emociones y el comportamiento de los individuos y colectivos que lo utilizan.

Ojos que no ven, corazón que no siente: *clausuras y aperturas*

Lo que determina la ciudad actual es su profunda heterogeneidad y complejidad, en parte, consecuencia de un proceso histórico de origen y desarrollo anclado en la pluralidad. Sin embargo, no es que la ciudad tolere la diversidad, más bien la alienta y la premia. Por lo tanto, repensar las aproximaciones metodológicas, expresa Galindo (1998), es hoy más complejo y más profundo que antes, pero a la vez más diverso, intenso y lúdico. Esta creatividad reflexiva se presenta como un reto básico, en tanto la creación es el sentido del oficio del investigador.

A partir de estos tres autores que exploran lo denominado como *urbano*, se rescata una posibilidad ágil, útil y necesaria de exploración de la ciudad, en donde se comprende –por medio de *etnografías, derivas y flâneries*, todas entretejadas– lo que subyace a lo visible, de manera que un observador atento puede inferirlas o imaginarlas.

Desde esta "mirada" no se tendrían pasos establecidos, ni reglas fijas para conocer *lo urbano*, sino una actitud crítica que presente el mundo empírico en primer plano, haciendo que la investigación dependa de él y no viceversa. Esto sin dejar de lado las reflexividades del investigador en tanto investigador y miembro de la sociedad.

La pluralidad de medios para obtener la información enriquecería el análisis, recordando que tal pluralidad y flexibilidad no elogian una ausencia de criterio, sino que demanda de una revisión íntegra. Esta diversidad en cuanto a sus disímiles naturalezas, formas, orígenes y cualidades, permitiría un examen más holista de la realidad social, con la finalidad de recrear una suerte de "diálogo", elemento necesario en la reconstrucción de la naturaleza de los espacios públicos.

Por otra parte, la propuesta que aquí se retoma revisa tradiciones de la etnografía clásica

y posturas literarias y artísticas, pero que adquieren un compromiso sensible sobre la investigación, con miras a trabajar de forma *naturalista*. Lo que Georg Lukács reprocha de esta actitud, dice Delgado (2003), es precisamente lo que aquí merece un cumplido: no aspira a probar nada; muestra, pero no demuestra; describe, pero no prescribe; trata incesantemente de ver y relatar lo que sucede.

El acercarse a *lo urbano*, desde la *etnografía*, la *flânerie*, y la *deriva* representa una manera de vivir la experiencia de la ciudad y que aparte de ser una alternativa metodológica y herramientas de investigación, también deberían de ser consideradas como prácticas mismas de la ciudad. Desde sus especificidades metodológicas, esta mirada pretende captar lo sutil de la creación humana, lo líquido de la ciudad y las acciones de sus practicantes comunes. Retomar la invitación de Michel de Certeau (2007), dejarse llevar por la ciudad a ras de suelo, pasar del espacio concebido por los urbanistas al espacio practicado por los urbanitas.

Esta “mirada” -al igual que cualquier otro tipo de aproximación basada en la evidencia- debe de implementar un compromiso con el pensamiento complejo, transdisciplinario, anti-esencialista y antireduccionista del fenómeno urbano. Dicho esto, más que enumerar limitantes podría pensarse en el establecimiento de redes y “la búsqueda de nuevos caminos”, para esquivar toda visión unidimensional y parcial, de ahí la necesidad de repensar estas miradas como enfoques contextualistas.

A modo de invitación, se trata de expandir los “cotos de caza” -aquellos discutidos por Wallerstein- que se protegen a muerte por algunos; consecuentemente, estas *miradas urbanas* intentan tan siquiera quebrantar ese *statu quo* disciplinario que se ha instaurado sobre las Ciencias Sociales interesadas en eso que llamamos ciudad. En fin, tal vez estas tres perspectivas alternas sirvan para develar y conocer un poco más los mapas ocultos de nuestras ciudades.

Referencia bibliográfica

- Baudelaire, C. (1996). *Salones y otros escritos sobre arte*. Madrid: Editorial Visor.
- Baudelaire, C. (1998). *El spleen de Paris*. Madrid: Editorial Visor.
- Benjamin, W. (1972). *Iluminaciones II: Poesía y Capitalismo*. Madrid: Editorial Taurus.
- Benjamin, W. (1997). *El retorno del «flâneur»*. En: F. Hessel. *Paseos por Berlín*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Berman, M. (1991). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Blumer, H. (1981). *El Interaccionismo Simbólico*. Barcelona: Editorial Hora.
- De Certeau, M. (2007). *La invención de lo Cotidiano I. Las artes de hacer*. México DF: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Delgado, M. (1999). *El Animal Público: Hacia una Antropología de los Espacios Urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. (2003). Naturalismo y realismo en etnografía urbana. Cuestiones metodológicas para una antropología de las calles. *Revista Colombiana de Antropología*. 39 (2): 7-39.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades Movedizas. Pasos Hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Editorial Anagrama.,
- Debord, G. (1999 a). *La sociedad del espectáculo. Internacional Situacionista*. Madrid: Literatura Gris, 2009. <http://sindominio.net/ash/espect1.htm>
- Debord, G. (1999 b). *Teoría de la deriva. Internacional Situacionista*. Madrid: Literatura Gris. 2009. <http://sindominio.net/ash/is0209.htm>

- Galindo, L. (1998). *Técnicas de Investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*. México D.F: Addison Wesley Longman.
- Goffman, E. (1981). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Imilan, W. (2006). *El Relato de la Ciudad. Etnógrafos, objetos y contemporaneidad*. Seminario dictado en la Escuela de Antropología de la Universidad Católica de Temuco de Chile. <http://www.cultura-urbana.cl>.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*. Barcelona: Península.
- Ortiz, R. (2000). *Modernidad y Espacio. Benjamin en Paris*. Bogotá: Norma.
- Park, R. (1999). *La Ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Poe, E. A. (1969). *El hombre de la Multitud*. En Cuentos. Tomo I. Puerto Rico: Editorial Universitaria de Puerto Rico.
- Simmel, G. (1986). *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península Ediciones.
- Restrepo, E. (2009). *Antropología y estudios culturales: distinciones, tensiones y confluencias*. Seminario Antropología y estudios culturales: confluencias y tensiones. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Restrepo, E. (2010). *Respuestas a un Cuestionario: posiciones y situaciones*. En R. Nelly. (edit.) En torno a los Estudios Culturales localidades, trayectorias y disputas. Santiago de Chile: Editorial ARCIS/CLACSO.